

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

PuntoyMagenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

77

Quito-Ecuador, Agosto del 2009

PRESENTACION / 3-5

COYUNTURA

Diálogo sobre coyuntura: tensiones y conflictos
en la gestión gubernamental / 7-24

Conflictividad socio-política Marzo - Junio 2009 / 25-34

TEMA CENTRAL

El pensamiento crítico contra el poder de los discursos / 35-56

José Sánchez Parga

Desvanecimiento y (re) construcción del pensamiento crítico / 57-82

Alejandro Moreano

Sobre la reconstitución del pensamiento crítico / 83-106

Franz J. Hinkelammert

La crisis como método en René Zavaleta Mercado / 107-124

Luis H. Antezana J.

Ciudadanía y biopoder (las sugerencias de Andrés Guerrero) / 125-138

Rafael Polo Bonilla

Agustín Cueva y la historicidad perdida / 139-148

Carlos Rojas Reyes

DEBATE AGRARIO

Los agrocarburos o la agroenergía / 149-172

François Houtart

Diversidad de las estrategias campesinas en la provincia del Azuay:
un punto de vista geográfico / 173-184

Nasser Rebaï

ANÁLISIS

Los indígenas y la Revolución Ciudadana. Rupturas y alianzas en Cotacachi y Otavalo / 185-218

Rickard Lalander

RESEÑAS

Desarrollo Rural y neoliberalismo. Ecuador desde una perspectiva comparativa / Liisa North y John Cameron / 219-222
por Manuel Chiriboga

La Revolución política durante la época de la Independencia. El Reino de Quito 1808-1822 / Jaime E. Rodríguez / 223-228
por Galaxis Borja

El cine de la marginalidad. Realismo sucio y violencia urbana / Christian León / 229-230
por Galo Alfredo Torres

TEMA CENTRAL

El pensamiento crítico contra el poder de los discursos

J. Sánchez Parga

Una nueva economía política en la actual sociedad de mercado transforma las luchas del conocimiento, cuando el poder de éstos se encuentra investido y sometido por los conocimientos del poder, y cuando (igual que la circulación de mercancías y capitales) es su circulación social la que más contribuye a la plusvalía de los conocimientos. Tales procesos no sólo cambian epistemológicamente los conocimientos en discursos y su régimen de dominación social sino también la misma politicidad del pensar crítico. Este pensamiento se hace teoría crítica de la sociedad, cuando critica las condiciones socio-económicas y políticas de la producción de discursos.

1. Preámbulo epistemológico

La idea de *pensamiento crítico* podría encerrar una hipérbole, puesto que todo verdadero pensar, el pensar científico, sería siempre crítico, en la medida que nunca deja de situarse en el campo de una lucha de pensamientos, de "*pensamientos en lucha*" (la *Dekenkampf* de Kant), todos ellos en confrontación por imponerse los unos sobre los otros. Siendo la pretensión de verdad o garantía de cientificidad de cada uno de ellos, lo que les confiere no sólo la fuerza y legitimidad sino sobre todo los recursos intelectuales para criticar a todos los otros pensamientos posibles.

Este planteamiento resultaría muy simple, si se considerara que la *función crítica* del pensamiento no fuera más que la consecuencia del conocimiento

científico; como si sólo la competencia científica del conocimiento fuera lo que funda y justifica su capacidad de criticar o cuestionar los otros conocimientos. La crítica (*krinein* o la función de *juzgar*) es no consecutiva sino constitutiva del mismo pensar y del conocimiento científico, los cuales se construyen siempre de manera más o menos explícita en base a un proceso crítico, a lo largo del cual el conocimiento/pensamiento elabora su propia cientificidad. No es sólo la *función científica* o capacidad de comprensión y de explicación, la que autoriza un desempeño crítico, sino que también este mismo ejercicio crítico del pensar/conocer contribuye a la formación de su cientificidad.

Cada época de la historia del pensamiento y del desarrollo del conocimiento ha dado lugar a formas distintas tanto de construcción de su cientificidad

como de su ejercicio de la crítica. En la antigua Atenas del siglo IV, por ejemplo, en el marco de una sociedad democrática, de acuerdo al modelo del *diálogo socrático*, es a partir del intercambio de preguntas y respuestas entre los interlocutores, de procesos de comprensión y explicación entre ellos, que las opiniones, las ideas recibidas, las simples definiciones o lo que hoy llamaríamos ideología o representaciones sociales, todo este conocimiento pre-científico se va depurando, racionalizando progresivamente, y en base a sucesivas argumentaciones alcanza niveles superiores de verdad. De esta manera, el pensar científico “verdadero” se construye simultáneamente a lo largo de un ejercicio crítico y polémico, en base a una discusión *dialéctica*: a una verdad inicial (tesis) se contraponen otras verdades (antítesis), las cuales son en parte asumidas y en parte superadas por una verdad nueva y superior (síntesis), la cual servirá a su vez de nueva tesis, para prolongar así el proceso dialéctico.

La *filosofía escolástica* en la sociedad medieval (dominada por un modelo socio-económico y político feudal) tenía su propia forma de producir pensamiento crítico. Era en base a *questiones disputadas*, que se establecían las opiniones o teorías de los *adversarios*, las cuales eran refutadas con un sistema de argumentaciones que permitían concluir en un conocimiento verdadero.

El *racionalismo moderno* (de acuerdo al esquema *weberiano* de la articulación entre racionalidad crítica, racionalidad teórica y racionalidad instrumental) opera de manera análoga, aun cuando el marco intelectual y los recursos epistemológicos hayan complejizado mucho más la producción del pensa-

miento crítico. Pero es siempre a partir de un campo de ideas y representaciones, de conocimientos pre-científicos no suficientemente argumentados y racionalizados, que *el pensamiento crítico acomete una “ruptura epistemológica”, al mismo tiempo que se desarrolla teóricamente.*

La *sociología del conocimiento* no hace más que poner en evidencia el carácter crítico y polémico del pensamiento, ya que nunca dejan de reflejarse en él las contradicciones, conflictos y luchas sociales. En otras palabras, el modelo de dominación propio de una sociedad nunca deja de manifestarse en las formas propias de dominación intelectual. Puesto que el conocimiento es siempre una producción social y producto de determinadas condiciones sociales, resulta obvio que el conocimiento reproduzca tales condiciones sociales, los conflictos y luchas que intervienen en su producción. Tanto el estatuto científico del conocimiento como su poderío crítico responden al hecho de que la sociedad se piensa a sí misma, se reflexiona, se interpreta y se juzga críticamente. Esto es lo que se revela en el pensamiento crítico. Lo que a su vez significa que hay siempre de manera más o menos encubierta o declarada una lucha entre las diferentes comprensiones, explicaciones e interpretaciones de la sociedad.

2. La dominación discursiva

A cada *modo de producción*, a cada fase y forma de desarrollo de las fuerzas productivas, corresponde siempre un *modo de dominación social*. Así, los modos de dominación son diferentes en una sociedad esclavista, servil o indus-

trial. En la sociedad moderna, al desarrollo cada vez más inmaterial de las fuerzas productivas corresponde así mismo una *modo inmaterial de dominación*; una dominación, que no se impone por la fuerza física sobre los cuerpos, las conductas y los comportamientos, sino que penetra las personas y las atraviesa en sus maneras de pensar y de sentido, moviliza sus conciencias, sentimientos y valoraciones, y en definitiva orienta y condiciona sus prácticas.

Tal es la *dominación discursiva* bajo el actual modo de desarrollo financiero del capital, en la moderna *sociedad de mercado*, donde son los discursos con sus interpelaciones imaginarias, ideológicas y significativas, que someten subjetivamente a los sujetos. Todos somos *sujetos de discursos*. Esta dominación discursiva tiene el doble efecto de ocultar la verdadera realidad social sino también la misma dominación, la cual una vez internalizada se vuelve “servidumbre voluntaria”.

Se trata de un modo de dominación propio de las sociedades libres y democráticas, de una dominación libremente (pero subconscientemente) asumida, a la que todos por igual adhieren, y que ya Tocqueville había diagnosticado como *despotismo de la democracia*, “donde el amor por el orden se confunde con el gusto por la opresión”; “un despotismo “más extensivo y más suave, que degradaría a los hombres sin atormentarlos... y puede penetrar más habi-

tual y decisivamente en el círculo de los intereses privados, que cualquier soberano antiguo podría hacer”; es tan nueva y singular la dominación del capitalismo democrático que “las viejas palabras de *despotismo* y *tiranía* resultan inapropiadas para definirla”¹.

a) Producción de discursos en la sociedad del conocimiento

Que la moderna *sociedad de mercado* sea también una *sociedad del conocimiento*, que el mercado organice, regule y penetre con sus lógicas e intereses todas las instituciones sociales, implica que esta mercantilización de lo social se encuentre acompañada de un particular modo de producción y difusión de conocimientos con dos consecuencias específicas: una economía política del conocimiento, que convierte los conocimientos en mercancías y en fuerzas de la dominación política, donde “la producción de ideas sobre el mundo social se encuentra siempre subordinada de hecho a la lógica de la conquista del poder”². Sin embargo este fenómeno ha tenido a su vez tres consecuencias principales: a) ha intentado modificar el estatuto científico/crítico y epistemológico del pensar, al reducir los conocimientos a simples ideas y discursos; b) ha cambiado la “lucha del pensamiento” en “guerra de ideas” y “batallas del lenguaje”³; c) y sobre todo ha transformado no sólo las condiciones de

1 Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, The Modern Library, New York 1981: Introd. pg.16, v, pg. 582s.

2 P. Bourdieu, *Language et pouvoir symbolique*, Fayard, Paris, 1991:226.

3 Son muy ilustrativas al respecto dos publicaciones recientes: “La bataille des langes”, *Maniere de voir*, n. 97, fevrier-mars, 2008; “La guerre des idéés”, *Maniere de voir*, n.104, abril-mai 2009.

producción y difusión de los conocimientos sino también los escenarios de los enfrentamientos intelectuales.

A diferencia de los conocimientos, los discursos son siempre discursos sobre lo socialmente producido en base a representaciones sociales, dotados de fuertes intereses sociales y de dominación, con mayor o menor elaboración ideológica, capaces de encubrir (disimular) parte de la realidad y de simular otra realidad. En este sentido los discursos comportan un alto grado de *falacia*, ya que responden a una particular forma de poder consistente “no en el hecho de decir lo falso, la simple mentira, sino en el hecho de engañar con todas las apariencias lógicas de lo verdadero” (Bourdieu, 1991:327). Esta virtualidad de mentir, que el lógico y el intelectual tienden más bien a controlar o neutralizar, será convertida por el agente social y el profesional de la política y del mercado en astucia y estrategia. En cuanto a su elaboración ideológica, los discursos se forman a partir de ideas muy simples (“lucha contra la pobreza”), o de simples deformaciones de ideas (*governancia*, interculturalidad); será más bien su circulación e institucionalización, los contextos, condiciones y orientaciones de sus usos (civilización occidental), los que les confieren el sentido práctico-político y toda su eficacia retórica y normativa.

La escisión entre el pensar por un lado y las ideas, discursos u opiniones por otro lado, forma parte de todo un universo de rupturas provocadas por las lógicas y fuerzas de la sociedad de mercado, y que han dado lugar a una esquizofrenia generalizada entre lengua y

lenguaje; entre poder y autoridad; poder y política; gobierno o dominación; gobierno, gobernabilidad y gobernanza; entre el sentido y los significados, etc. El neoliberalismo “libra” la información del conocimiento, el deseo de dominar del deseo de gobernar, el erotismo de la sexualidad (el cuerpo de la subjetividad personal), la riqueza de la economía (el capital financiero del capital productivo); todo ello con la finalidad de despojar la condición humana más personal de todas aquellas instituciones sociales, que pueden servir de mercancía y de arma política. Así es como despojado de su capacidad científica (comprensiva y explicativa) y crítica, todo conocimiento queda epistemológicamente devaluado; no vale más que cualquier otro, tan equiparable como sustituible por otros. En esta pseudo-democracia intelectual, donde los conocimientos y las informaciones, ideas y opiniones poseen idéntico estatus, será la ley de la oferta y la demanda, la que produce la *plusvalía* de los discursos y rentabiliza su circulación.

Esto explica por qué la moderna forma de producción de los conocimientos adopte una forma discursiva. Es así como en el campo político la fuerza adquirida por los discursos fácilmente hace olvidar que se trata de *discursos del poder* y la dominación, y que los poderes investidos en tales discursos vuelve cada vez más difícil descubrir las fuerzas encubiertas en sus discursividades. Por otra parte, de la misma manera que las mercancías y el capital adquieren una mayor *plusvalía* de acuerdo a su circulación, así mismo los discursos se legitiman, se consolidan y desarrollan

cuanto mayor es su circulación al interior de las instituciones sociales y de los circuitos de la oferta y demanda. Los discursos circulan a través de los *mass-media*, que los amplifican, publicitan y vulgarizan; de los organismos estatales y de la sociedad civil; de las instituciones académicas.

La circulación de los discursos tiene el doble efecto de volverlos interpelativos, tan retóricos como normativos, y de interiorizarlos subjetivamente, haciendo que los *sujetos* (sujetados) a tales discursos crean poder *actuar* en ellos. Más aún, está tan internalizada la sujeción a tales discursos, que muchos se creen capaces de *resignificarlos*, y con ello modificar su sentido y hasta la misma realidad por ellos significada. Los discursos son en la sociedad totalitaria el único principio de acción y de sujeción, siendo sujetos a los discursos, que las personas actúan. Aunque en realidad más que un principio de acción (política) el discurso es un principio de movimiento: movimiento del mismo proceso de sujeción; por eso los discursos movilizan las masas, tanto como masifican a los individuos, pero simultáneamente les impiden actuar. "La ideología vuelve superfluo e incluso peligroso todo principio de acción"⁴.

Más que gnoseológico o cognitivo, el poder de los discursos es sobre todo institucional, ya que, según Bourdieu,

constituyen verdaderos *actos de institución*, siendo las instituciones las que definen las condiciones (agentes, tiempos y lugares) para la producción de discursos⁵. Esto mismo pone de manifiesto con mayor evidencia por qué los discursos nos sujetan, por qué somos sujetos de discursos, y por qué creyendo enunciar (como actores) los discursos somos en realidad enunciados por ellos, y a ellos sujetamos nuestras prácticas y comportamientos. Y hasta cuando pretendemos *resignificarlos* no hacemos más que legitimar su sentido, garantizar su reproducción y desarrollarlos ideológicamente.

Aunque pertenecen a ámbitos institucionales diferentes (económico, político, educativo, familiar, cultural, ideológico, identitario...), todos los discursos convergen, se articulan entre sí, y el flujo de una misma discursividad instrumental, neoliberal y postmoderna los refuerza mutuamente y los vuelve inmunes a todo razonamiento cuestionador. Inútil, por ejemplo, de argumentar hoy contra una idea tan arraigada en el mundo actual como la de *desarrollo*, denunciando sus orígenes darwinistas, sus contaminaciones capitalistas de crecimiento económico, y su versión teleológica y escatológica de la historia, sucedánea del paraíso terrenal.

Es la astucia epistemológica de los discursos, simuladores y disimuladores

4 Miguel Abensour, *Pour une philosophie politique critique*, Sens&tonka, Paris, 2009:148; "Yo he afirmado que en el gobierno totalitario el principio de acción en el sentido de Montesquieu es la ideología"; "Esta propedéutica sucedáneo del principio de acción no es otra que la ideología" (H. Arendt, *La Nature du totalitarisme*, Payot, Paris, 1990: 20;106s).

5 P. Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, Fayard, Paris, 1982:69.

de lo real, tanto como la violencia institucional que los produce y pone en circulación, lo que desarma hoy el pensar crítico, neutraliza sus argumentos y justificaciones más racionales. Si la *razón crítica* (Weber) se vuelve cada vez más imponente ante la *razón instrumental* del poder político y del mercado, es porque la tiranía de la utilidad, de la eficacia y el rendimiento tanto como el principio de dominación se impone soberanamente, consiguiendo subvertir el orden de la lógica y hasta el de las evidencias. Sin embargo, es gracias a un relativismo generalizado y una apología del consenso, a una supresión de la crítica y la polémica, que los discursos ejercen su dictadura con el mayor despotismo y sumisión más generalizada; y pensar fuera de ellos se vuelve tan política como intelectualmente incorrecto.

b) De la guerra de las ideas a la batalla de las palabras

Nada ha reforzado tanto el poder de los discursos y debilitado el de los conocimientos como la sustitución de los conceptos por las palabras, y las nuevas estrategias de dominación por el lenguaje. El “espíritu del capitalismo” neoliberal ha investido el lenguaje de neologismos y oxímorones modificando los términos del debate intelectual y político, sin que el pensar crítico pueda reaccionar eficazmente con sus recursos lógicos y argumentaciones racionales. El mismo hecho de que el pensamiento crítico y lo que queda de las izquierdas políticas se enuncien reactivamente por su resistencia “alternativas”, “anti” o “contra”, demuestra hasta

qué grado debe definirse por referencia al dominio neoliberal. De otro lado, las resistencias por muchas que sean nunca por sí solas logran un solo cambio; podrán ser estratégicas pero no políticas, de acuerdo a un pensar crítico.

La “guerra de las ideas” se libra actualmente en “la batalla de las lenguas” y ya no en torno a la verdad de los conocimientos. No es que la lengua y las palabras hayan adquirido un nuevo y mayor poder que el poder de los conceptos, sino que son las *palabras del poder* que tejen una red de significaciones, las cuales dan forma y cuerpo a lo que colectivamente percibimos como realidades sociales, políticas, económicas y culturales. Este léxico y esta *nomenklatura* investidos por los intereses dominantes y la lógica del mercado adquieren la fuerza de encubrir una realidad para producir otra aparente, pero capaz de generar prácticas, condicionar conductas y comportamientos, organizar la sociedad y regular sus relaciones sociales. En esto reside también la dinámica institucional e institucionalizadora de los discursos, para transformarse en procedimientos y organismos de la sociedad moderna.

Palabras como *desarrollo* con toda su variedad de adjetivos, *lucha contra la pobreza*, *capital humano*, *gobernanca*, *sociedad civil*, *competitividad...*, cada uno de estos neologismos se convierten en aparatos ideológicos de mercado, y aunque cada una de estas ideas (nuevas o nuevamente resignificadas) tiene su propia genealogía y factura, su marca de producción, todas ellas configuran una constelación ideológica en torno a la mentalidad postmoderna y la domi-

nación neoliberal⁶. Sin justificación teórica alguna, todo este vocabulario adquiere su eficacia del poder económico y político que lo profiere y del específico contexto de su enunciación. Por estas *nuevas palabras del poder* se nombra la dominación y con ellas se interviene en el espacio público y se prescriben las políticas gubernamentales; y además tal ideología adquiere una efectividad cotidiana, al ser machaconamente difundida y amplificadas por la retórica de los *mass-media*. Y de esta manera también se escamotea la *lucha entre conocimientos*, ya que el pensamiento crítico no puede enfrentarse más que a discursos sin ideas.

Pero este poder de los discursos logra todo su efecto de dominación inconsciente y consensuada, de “servidumbre voluntaria” (La Boetie), por su capacidad para interiorizarse subjetivamente tanto individual como colectivamente. Al enunciar los discursos del poder, sin reconocer su procedencia, ignorando su sentido y consecuencias uno se cree actor de tales discursos, como si pronunciando esta nueva nomenclatura nos constituyéramos en sujetos activos; sin darnos cuenta, ni tomar conciencia, en qué medida nos encontramos sujetos a tales discursividades, siendo nuestras propias prácticas y comportamientos enunciados por dicho vocabulario del poder y del mercado.

El “pensamiento único”, que disciplina la mentalidad postmoderna, se forma y desarrolla a partir de un vocabulario común, facturado y financiado por los grandes organismos económicos internacionales, garantes del orden global (FMI, Banco Mundial, OMC, OCDE...), y los grandes *mass media*. Las adhesiones y consensos producidos por esta nomenclatura y sus palabras claves construyen redes semánticas portadoras de una representación del mundo actual y de una recomposición de los diferentes campos sociales, políticos, económicos y culturales.

A un pensamiento único y a un vocabulario único corresponde una lengua única. Por eso la dominación por las palabras no es ajena a la actual “batalla de las lenguas” y la lucha de unas por imponerse sobre las otras, y de otras por resistir a su eliminación. Es al interior de esta lucha lingüística por la imposición de un pensar único, que tiene lugar la difusión y penetración del inglés para colonizar primero, dominar después y finalmente eliminar todas las demás lenguas⁷. Hoy más que nunca se impone en el mundo global una correlación de fuerzas entre las lenguas, que ya no resulta tanto de la demografía, sino más bien de una suerte de darwinismo adaptativo a la sociedad de mercado y a la hegemonía neoliberal, que mejor garantiza las supremacías del inglés como lengua comercial y tecno-

6 La obra de Pascal Durand (*Les nouveaux mots du pouvoir. Abécédaire critique*, Edit. Aden, Bruxelles, 2009) analiza 136 neologismos o usos neológicos de viejos conceptos muy ilustrativos de un fenómeno mucho más amplio y complejo, a los que se podrían agregar muchos más.

7 “El uso de una lengua nunca está libre de fenómenos de dominación”: Bernard Cassen, “Cette arme de domination...”, en *La bataille des langues*, Manière de voir, n.97, 2008.

lógica, y la desaparición de las otras lenguas. Si nunca como hoy el inglés tiende a imponerse por una lenta pero implacable dominación a los otros idiomas, es debido a esa “solidaridad natural que desde Adam Smith y David Ricardo une la ideología libre-cambista y la lengua inglesa”⁸.

Y sin embargo hay algo más. Siendo la lengua del “*politically correct*”, el inglés impone una visión del mundo y una manera de ser y comportarse, un estilo entre las relaciones sociales tendientes a proscribir todas las otras visiones del mundo, versiones de la historia y experiencias culturales; y sobre todo excluye otras formas de pensar. “El anglo-americano de hecho se ha vuelto el vector de la mundialización neoliberal” no tanto por su articulación de dominio político-militar cuanto económico-mercantil y hasta cultural. Una lengua no es sólo un medio de expresión y comunicación sino sobre todo “un medio de vida”⁹. Uno vive en una lengua y se deja hablar por ella.

La expansión y dominio en cuanto lengua única de un “pensamiento único” habría comenzado a librar su última y decisiva batalla con el asalto a las Universidades de todo el mundo. Tras haberse impuesto en el mundo económico comercial y de la tecnología y después de haberle conquistado al francés el universo diplomático, el inglés comienza el asedio por todos los medios, desde los más declarados hasta los más insidiosos, del mundo universitario.

c) Los think tanks: un nuevo campo de batalla intelectual

Otro factor que ha modificado radicalmente las “luchas del pensamiento” sobre todo en las dos últimas décadas son las nuevas condiciones institucionales de producción del conocimiento. La necesidad de una producción privada de conocimientos, asociada a su rentabilidad económica en función de un desarrollo del libre mercado dará lugar en 1843 al nacimiento de *The Economist*, fundado por un hombre de negocios escocés, James Wilson, y un grupo de intelectuales, para disponer de un arma de combate y órgano de difusión del liberalismo económico. Poco después surgen en Francia también promovidos por sectores liberales las instituciones de la *Economía solidaria* y de la *economía social de mercado* (fundada por Le Play en la segunda mitad del siglo XIX) con la finalidad de enfrentar y contrarrestar el pensamiento y las fuerzas socialistas de la época.

En el contexto de este posicionamiento de intelectuales en torno a los poderes económicos, comienza a desarrollarse un pensamiento social y socialista, el que dará lugar al origen de la sociología y de las ciencias sociales. Es así como lo social y el pensar sociológico nacen en la transición del siglo XIX al XX como una inteligencia crítica y de tensiones entre un espacio público fundador de derechos y libertades, *iguales* para todos los individuos, y un espacio

8 Jean-William Lapiere, *Le pouvoir politique et les langues*, Presses Universitaires de France, Paris, 1988:55.

9 Cfr. Régis Debray, *A demain la Gaule*, Gallimard, Paris, 1990.

económico fundamentalmente estructurado sobre la *desigualdad* de las condiciones y relaciones sociales; en tal sentido *lo social* y las mismas ciencias sociales son producto tanto de luchas socio-políticas como intelectuales¹⁰.

Sin embargo, la correlación de fuerzas en el campo de estas luchas comienza a alterarse profundamente en el curso de las tres últimas décadas, cuando el “pensamiento mercenario” (Serge Halimi) y la economía del conocimiento refuerzan los *saberes del poder* a costa del *poder del conocimiento* y desencadenan el desarrollo de los *think tanks*, que en la actualidad superan el número de 5.500 en 170 países, y cuyo financiamiento anual puede alcanzar los 251 millones de dólares (*Rand Corporation*) u oscilar alrededor de los 60.7 millones (*Brooking Institution*)¹¹. La independencia del Estado, la financiación privada y su utilización aplicada altera epistemológicamente de manera radical la producción de conocimientos, haciendo que ya no sirvan para comprender y explicar la realidad sino para controlarla y utilizarla en beneficio de intereses privados y sectores dominantes: “aquí nos interesamos al pensamiento práctico” (*Progress and Freedom Foundation*). De otro lado, el criterio de “autonomía intelectual”, de independencia teórica respecto de cual-

quier tradición del pensamiento, ha dado lugar al *experto*, intelectual orgánico del mercado de las ideas, de cualquier oferta y demanda; y cuyo oficio se basa en una total desvaloración de la crítica científica y en una depreciación de los *grandes relatos* científicos, ideológicos y políticos. El *expertismo* es una posición postcrítica del pensar neoliberal, supuestamente neutral pero mercantil, que pretende legitimarse recurriendo arbitrariamente a los conocimientos teórico-científicos, con la finalidad de servir, asesorando o promoviendo, la iniciativa de actores privados¹².

La reducción de los espacios libres para el pensar crítico escamotea los enfrentamientos ideológicos, y de otro lado en las últimas décadas han crecido los procedimientos destinados a someter más estrechamente la vida intelectual a los mecanismos de control, de financiamiento, de racionalidad administrativa, todos ellos dictados por la eficacia y rendimiento económicos. Las batallas ideológicas ya no consisten en intercambios de argumentos racionales y más bien remiten a enfrentamientos entre opiniones y a correlaciones de fuerza ordenadas por el poder de la imposición y difusión de temas o agendas. “Dar sentido a los hechos, encontrar las palabras o las categorías para decirlos constituyen las batallas decisi-

10 Cfr. J. Doncelet, *L'invention du social*, Fayard, Paris, 1984.

11 Para estos datos y un estudio más amplio del tema puede consultarse *Foreign Policy*, febrero 2008; Stephen Boucher & Martine Royo, *Les think tanks. Cerveaux de la guerre des idées*, Le Felin, Paris, 2006.

12 Cfr. Isabelle Berrebi-Hoffman & Michel Lallement, “Introduction: a quoi servent les experts?”; Catherine Vilkas, “Des pairs aux experts: l'émergence d'un nouveau management de la recherche scientifique?”; Valerie Boussard, “Les consultants au Coeur des interdependences de l'espace de la gestion”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, PUF, vol. CXXVI, 2009.

vas”¹³. Esta moderna guerra de las ideas requiere infraestructuras que sirvan de lugares de producción y difusión, haciendo que en todo el mundo sean “algunos grupos industriales que poseen la mayor parte de las casas editoriales y controlan una gran parte de los contenidos de la difusión de las temáticas y de las ideas que cuentan”¹⁴.

El problema de los *think tanks* como el de los organismos económicos internacionales de orden global (FMI, Banco Mundial, OCDE, OMC...) es que producen ideas en apariencia tan inofensivas y políticamente neutrales como capaces de una extraordinaria capacidad de circulación, difusión y vulgarización y sobre todo de dirigir las luchas y guerras más decisivas en el mundo actual; al mismo tiempo, el vacío teórico de su núcleo discursivo permite a estas ideas las más diversas filiaciones, ser adoptadas por las más diferentes posiciones intelectuales y poder dotarse de las versiones más discutibles y contradictorias. Lo que importa es que tales discursos puedan servir como proyectiles para cualquier lucha y como agendas, sujeten todas las actuaciones intelectuales y descarten cualquier otro discurso alternativo u opuesto.

Que el saber se haya vuelto cada vez más un valor económico, obliga a pensar la *economía del saber* y por

consiguiente a transformar las condiciones institucionales de su producción con el masivo y agresivo asalto de la Universidad por el Mercado. Tras la creación de empresas productoras y difusoras de conocimiento se intenta ahora “empresarializar” la Universidad, convirtiéndola en industria y negocio para la producción y difusión de saberes económicamente rentables. Las instituciones universitarias capaces de resistir a las exigencias de los poderes políticos y económicos se encuentran hoy cada vez más sujetas a las influencias de dichos poderes interesados en “rentabilizar” la “producción” de dichos saberes¹⁵.

3. Crítica de la razón discursiva

Antes de preguntarse por la coherencia interna y justificación intelectual de los discursos, por su capacidad para explicar (u ocultar) la realidad social, por sus usos y sus efectos en ella, es necesario plantearse una cuestión preliminar sobre las condiciones de posibilidad de tales discursos; en otras palabras, sobre las condiciones intelectuales y sociales de su producción. Ya que mientras unos son los *discursos del poder*, discursos que el poder produce, otros son los *poderes del discurso*, de aquellos discursos productores de su

13 Lorant Bonelli, *La guerre des idées. A qui profite le savoir?*, Maniere de voir, n. 104, abril-mai 2004:4.

14 Andre Schiffrin, “Les combats de l’édition”, Maniere de voir, 104, 2009:46.

15 Una bibliografía abundante y actual trata esta problemática: Yves Lichtenberg (entretien), “Perspectives et blocages de l’Université”, *Esprit*, n. 354, mai 2009; Francois Benhamou, “Universités: du malaise identitaire a la crise ouverte”, *Esprit*, n. 354, mai 2009. R. Descoings, director del Instituto de Sciences Po de Paris, en su introducción al libro de Pascal Boris & Arnaud Vaisse, *L’Université et la Recherche: Moteurs de la Création d’entreprise* (Studyrama, Paris 2009) se refiere al “triángulo de oro”.

propio poder. Siendo precisamente esta diferencia, la que enfrenta unos discursos contra otros y el poder de unos contra el poder de los otros.

De esta manera es posible decantar aquellos discursos legitimados por su propia razón discursiva de aquellos otros conductores de una razón económico-política, que ocupara el lugar de la realidad compleja y contradictoria de nuestras sociedades. Así se entiende por qué esta realidad investida por estas últimas discursividades se vuelve progresivamente gestión y representación de las esferas económicas y políticas dominantes en la sociedad¹⁶.

Mientras que unos son los discursos de las ciencias sociales, generadoras de discursos sobre lo social, otros muy diferentes son los discursos sobre lo social producidos por organismos e instituciones con poder sobre la sociedad. Mientras que los discursos producidos desde las ciencias sociales pretenden no sólo comprender y explicar las realidades sociales, sino también y en la misma medida, consecutivamente, criticar los otros posibles discursos sobre dichas realidades sociales, los discursos producidos desde diferentes instancias y organizaciones de la sociedad, más que comprenderla y explicarla, pretenden imponer sobre ella sus propias fuerzas e intereses, y por ello mismo no tienen la intención ni la capacidad crítica para impugnar y cuestionar los otros discursos sobre lo social.

Este planteamiento posee múltiples consecuencias: a) los discursos sociales carecen de un *desde donde* discursivo, que los legitime, aunque por el contrario se encuentran investidos de poderes sociales, que los imponen con su dominación; b) sin capacidad crítica, estos discursos sociales tienden a evitar y hasta deslegitimar la crítica y el debate, ya que para imponerse sobre los otros discursos les basta las fuerzas que los producen, los promueven, difunden y vulgarizan; c) los discursos sociales disponen de la suficiente carga ideológica para neutralizar el pensamiento crítico tanto como la acción política. Según esto resulta falaz cualquier intento de soslayar la "lucha entre discursos", recurriendo a una supuesta democratización entre ellos, como si todos tuvieran el mismo derecho de ciudadanía intelectual, ya que mientras unos se imponen por su propia fuerza crítica (*poder de los discursos*), otros se imponen por las fuerzas dominantes en la sociedad y como parte de dicha dominación (*discursos del poder*).

La crítica y desconstrucción de los discursos sociales del poder resultan extremadamente fáciles desde las ciencias sociales con todos sus recursos teóricos y de conocimiento, y más aún cuando se conocen las condiciones de producción de dichos discursos. Difícil por el contrario es emanciparse de la sujeción a tales discursos, sobre todo cuando falta la capacidad para actuar

16 "El triunfo del capitalismo es así tanto más fuerte, al conseguir crear un nueva percepción normalizada, que no se presenta como una ideología, una visión del mundo, sino como la verdadera naturaleza del mundo y de los hombres" (Miguel Benasayag & Angélique del Rey, *Eloge du conflit*, La Découverte, Paris, 2007:28).

en contra de sus aplicaciones y efectos. Los ejemplos son múltiples y muy diversos; muchos de estos discursos ya han sido objeto de críticas ampliamente argumentadas. Como muestra tomemos tres de ellos muy representativos de su elaboración ideológica y de sus empleos ampliamente extendidos.

a) *Del gobierno a la gubernancia*

El concepto de *gobierno* se remonta a los orígenes del pensamiento político, ya entonces asociado a la práctica política: gobernar significaba en griego, para Aristóteles, *hacer política (politeuein)*, y su “buen gobierno” consistía en la mayor y mejor participación de los gobernados en su propio gobierno; o bien cómo los gobernantes gobernaban en interés y beneficio de sus gobernados. De hecho el ideal ateniense de la democracia era que los gobernantes fueran también gobernados y estos gobernantes, para que ambos compartieran la misma experiencia política. Puesto que, cuanta más política era la relación de gobierno más se limitaba la relación de dominio entre gobernantes y gobernados. En tal sentido el *buen gobierno* suponía una *gubernamentalidad* (recursos y procedimientos del gobernante), que propiciara la *gubernabilidad* (condiciones y disposiciones) del pueblo gobernado.

Este esquema sucintamente resumido del pensamiento político tradicional aparece alterado con la “invención” de la idea de *gubernabilidad* por el Banco Mundial en 1990 en un contexto y con una finalidad muy precisa: los gobiernos y políticas neoliberales provocarían un ciclo de protestas extensamente

compartido por los más amplios sectores populares y sociales. El real problema no eran las protestas sino sus causas, es decir las políticas neoliberales que las provocaban. Pero lo que se pretendía era precisamente trasladar el problema de la *gubernamentalidad* neoliberal al de la gobernabilidad de las protestas sociales. Simultáneamente, pero también de manera muy contradictoria, se pretendía mejorar la gobernabilidad de la sociedad reforzando los poderes gubernamentales de los Ejecutivos en detrimento de los otros poderes del sistema político, también en contra de un fundamental principio político y democrático que siempre consideró no la mayor cantidad sino la mejor calidad de los poderes y de su relación entre ellos, la condición óptima del buen gobierno. Aunque a la larga tal estrategia resultó un fracaso, el postulado de la gobernabilidad siguió legitimando en todas las democracias del mundo un reforzamiento excesivo de los poderes Ejecutivos y Presidenciales no sólo en detrimento de los poderes legislativos y parlamentarios sino sobre todo a costa de una fractura cada vez más profunda y distanciamiento creciente entre gobernantes y gobernados. Traicionando así lo que había sido desde siempre el principio fundamental del buen gobierno: la “buena política” de Aristóteles.

Pero era necesario ir más lejos: vaciar de politicidad las prácticas y relaciones de gobierno. Si la “modernización” del Estado se había llevado a cabo con criterios empresariales, en términos de rendimiento económico, de costo/beneficio, de ofertas y demandas de productos y servicios, resultara obvio que también la práctica fundamental

del Estado se *empresarializara* lo más posible, que el gobierno se despolitizara para investirse de racionalidad administrativa, y que el gobierno de las personas se asimilara a la gestión de las cosas (gestión de “capital humano”). Y para mantener una apariencia política, la idea de *governancia* introduce una mutación fundamental: serán las regulaciones y los intereses, los “pactos de cohesión”, los automatismos y procedimientos más anónimos del mercado, los que se convierten en órganos y organismos de gobierno sin gobernantes ni responsables políticos; escamoteando todas las desigualdades sociales y diferencias de clases, reduciendo los ciudadanos a la condición de *partners* o contrapartes, agentes o interlocutores sociales, clientes y usuarios¹⁷.

La despolitización del Estado y mercantilización de la sociedad condensan una nueva fórmula: la *governancia* responde a la fantasmática necesidad de ser gobernado pero sin gobierno, de tener leyes pero no las de un Parlamento, de lograr un orden pero sin autoridad pública; se trata de “un conjunto de agencias descentralizadas y especializadas de regulación de mercados, la ley de los mercados definida por los agentes del mercado, la ética de los negocios diseñada por los hombres de negocios, la autorregulación del *business* por el *business*”¹⁸.

Como todos los otros discursos sociales, el de *governancia* adquiere

gran parte de su eficacia en primer lugar por su capacidad de *circulación* entre todas las instituciones sociales y de aplicarse tanto a la educación, escuela o Universidad, como a la familia, a una iglesia o la cultura; y en segundo lugar por su *conectabilidad* con toda la galaxia discursiva neoliberal que abarca la “sociedad civil”, “participacionismo” (entendido según el Banco Mundial), consenso y negociación de conflictos, “diálogo social”, etc. Pero no basta con criticar el discurso de la *governabilidad* y de la *governancia* con todos sus usos y sus efectos si no se restituye a la acción política las competencias de toda forma de gobierno y de toda forma de conflicto.

b) De las luchas sociales a las identitarias

El *discurso identitario* ha ocupado en el transcurso de las dos o tres últimas décadas todos los campos sociales (étnico-culturales, sexuales, etarios, religiosos, nacionalistas o regionalistas, etc.), ha penetrado mentalidades y conciencias, ha reforzado las reivindicaciones más particulares e investido los derechos más específicos, y sobre todo ha dado lugar a las más diversas elaboraciones ideológicas (antropológicas, sociológicas, psicoanalíticas...) y a una inmensa producción bibliográfica. Nadie hoy se atrevería a cuestionar que los discursos identitarios no responden

17 Sobre la etimología y la historia de los usos de la idea de *governancia*, “palabra fetiche” del Banco Mundial puede consultarse el excelente capítulo que le dedica Corinne Gobin en la obra de Pascal Durán (2007:262-267).

18 Jacques Génèreux, *La dissociété*, Seuil, Paris, 2006:127.

a reales procesos históricos y de sociedad, que se refieren a hechos y fenómenos muy concretos y que comprometen profundamente individuos y colectividades, sectores sociales y grupos humanos, pueblos y culturas enteras. Y sin embargo la existencia y realidad del fenómeno, “síndrome identitario” según algunos autores críticos, de ninguna manera impide considerarlo como un *discurso social* por muy fuerte y amplia que sea la sujeción a él.

Por esta razón, más que plantear aquí una crítica y desconstrucción de tal discurso, que de otro lado ha sido ya realizada por otros autores, interesa más bien analizar uno de sus principales *efectos de sociedad* en el mundo moderno, y como parte de un fenómeno más amplio: la hegemonía neoliberal, el nuevo ordenamiento global y de manera más específica la atrofia y supresión del conflicto.

Toda la complejidad del problema podría resumirse a una escueta tesis: el enfrentamiento de identidades atrofia, impide y suprime los conflictos sociales. Nos hemos ido dejando atrapar tan fácilmente por la lógica más simple y evidente de las diferencias y enfrentamientos identitarios, que progresivamente hemos perdido de vista la complejidad de los conflictos más estructurantes de la sociedad, precisamente en una época de rechazos y deslegitimaciones de las luchas sociales. Es decir, mientras nos encontramos cada vez más involucrados y sobredeterminados por los enfrentamientos identitario, simultáneamente nos hallamos cada vez más desinvertidos por las lógicas y fuerzas de los conflictos sociales.

Benasayag & del Rey (2009:202s) nos proponen un muy ilustrativo ejemplo tomado de la etología: si separamos con un vidrio transparente las dos partes dentro de un acuario, ocupado por peces que mantenían relaciones normales y pacíficas, creamos entre ellos por una simple sobredeterminación espacial una diferencia y confrontación tras la cual no existe otra sobredeterminación; al quitar el vidrio después de un cierto tiempo, los peces que habían sido separados terminarán por matarse entre ellos. Un mismo mecanismo de producción de identidades cerradas sobre sí mismas llegan a provocar una diferencia, una oposición y finalmente un enfrentamiento. No otro es el mecanismo que caracteriza la lógica del enfrentamiento identitario, verdadera degeneración y perversión de la lógica del conflicto.

Lo que permite distinguir el conflicto del enfrentamiento es que este último funciona en un nivel más inmediato y visible que el conflicto, por un mecanismo reflejo de identificaciones por oposición. De ahí la necesidad de suprimir el nivel del conflicto para poder afirmarse con más fuerza en los niveles más directos de las identidades. “En la búsqueda de identidad que nos instala en el enfrentamiento, estamos bajo la influencia de una inmediatez saturada de sí misma. Solo el presente inmediato existe, primer nivel de conocimiento (Spinoza), donde se determina por la oposición a los otros, sin ningún conocimiento de las causas ni de los vínculos que tejen y determinan la situación. Esta diferencia tan inmediata nos priva de reconocer las otras determinaciones de nuestra existencia social.

Los enfrentamientos identitarios, que oponen unas diferencias a otras, son ciertamente reales, aunque no representan más que una dimensión superficial del conflicto, y nunca llegan a cubrir las reales desigualdades sociales; se trata de una dimensión real, pero que resulta falsa en cuanto es considerada como total y no como un aspecto o parte de los conflictos; al ser vividos como determinantes, los enfrentamientos identitarios encubren las razones más estructurales de las desigualdades y luchas sociales. “El error consistiría en pensar que el conflicto no es más que enfrentamiento. El conflicto, como se ha visto, es en efecto mucho más complejo que una simple oposición entre dos identidades encerradas en sí mismas” (Benasayag & del Rey, 2009:109).

En esta perspectiva se comprende perfectamente que los enfrentamientos identitarios en el mundo moderno hayan llegado a convertirse en guerras encarnizadas, pues mientras que los hombres luchan, mueren y se matan por imponer sus identidades, dejan de pelear por sus derechos e igualdades. Las luchas identitarias no tienen por objetivo cambiar el mundo ni la sociedad, como siempre ha sido el caso de las luchas y conflictos sociales. Más aún, mientras los conflictos y luchas sociales siempre cambian a los hombres que participan en ellos, los enfrentamientos identitarios tienden más bien a lo contrario: hacer que los hombres no dejen de ser lo que son: “estar capturado por la dinámica de un conflicto quiere decir

existir en una nueva dimensión” (o.c., pg.116).

El discurso identitario y los enfrentamientos de identidades, ambos inhibidores del conflicto social, forman parte de una discursividad más amplia: el *culturalismo* o hipertrofia de lo cultural con atrofia de lo social, que reduce la sociedad a la cultura y pretende explicar los hechos sociales por los culturales, cuando siempre la cultura, producto de la sociedad sólo puede ser comprendida y explicada sociológicamente.

c) El discurso occidental de la civilización

En torno al concepto de civilización hay un discurso teórico y académico (histórico y antropológico) y un discurso ideológico. El concepto de civilización aparece con la *Ilustración* designando un proceso integrador de sucesivas y diferentes culturas a lo largo de la historia y que contiene un conjunto relativamente homogéneo y estructurado de instituciones y valores; y en tal sentido la civilización podría desarrollarse de manera cada vez más amplia, incorporando aportes culturales cada vez más diversos y nuevos, y por consiguiente la civilización podría convertirse en un fenómeno histórico-cultural cada vez más compartido tanto diacrónicamente en referencia al pasado como sincrónicamente respecto de las más diferentes socio-culturas¹⁹.

Sin embargo, lo que durante las dos últimas décadas se ha ido imponiendo

19 Para un estudio reciente sobre el tema cfr. Boris Kapustin, “Discours théorique et discours idéologique autour du concept de ‘civilisation’”, *Diogene*, n. 223, juillet 2008.

cada vez con mayor fuerza retórica y empleos estratégicos, es el discurso ideológico ya presente durante el Siglo de las Luces, conceptual y sistemáticamente empobrecido, y que identifica “civilización” con un particular y limitado proceso histórico-cultural, excluyente tanto en términos temporales, considerando menos (o no) civilizadas las culturas anteriores a la *Modernidad*, como las que se ubican más en la periferia de la civilización europea. Así, la civilización aparece como una etapa de la historia universal opuesta a *lo que no es dicha etapa*; es decir a todas las *otras* culturas históricas o contemporáneas que de una u otra manera quedan fuera del proceso civilizatorio o se le resisten.

En la década de los 90 la idea de civilización adopta una significación espacial, al asociarse con la de Occidente, y en tal sentido se circunscribe a una determinada tradición cultural, que a lo largo de la historia se ha identificado con la herencia greco-latina, dinamizada y en cierto modo homogeneizada por el Renacimiento (siglos XV-XVI). Desde entonces esta idea de *civilización occidental* irá adquiriendo un carácter cada vez más eurocéntrico y por ello mismo excluyente a partir de los procesos colonialistas (siglos XV-XX). Actualmente el discurso de la *civilización occidental* se inscribe al interior de un esquema de división geopolítica global, que en cierto modo sucede a otros paradigmas divisorios del mundo

moderno: primero fue la frontera meridiana Este/Oeste, que durante la guerra fría opuso países y continentes, después fue el Desarrollo/Subdesarrollo, que fracturó las sociedades en razón de su crecimiento económico y desarrollo capitalista, y finalmente el paralelo Norte/Sur separó imaginariamente hemisferios ricos y pobres. Todas estas separaciones, divisiones y oposiciones parecen condensarse actualmente en un nuevo enfrentamiento tan imaginario como encarnizado entre una *civilización occidental*, cada vez más estrechamente identificada con el sistema capitalista y la hegemonía neoliberal, y *todos los otros* o resto del mundo.

Hoy la *civilización occidental* aparece justificando y legitimando el origen de la modernización capitalista global, convirtiéndose así el proceso civilizatorio en una occidentalización del mundo, cuyos límites y fronteras son todas aquellas fuerzas y lógicas supuestamente anti-occidentales y anti-civilizatorias que se oponen a dicha modernización capitalista. En este escenario el “*choque*” de civilizaciones no sólo adquiere una idea de lucha y dominación sino que justifica una “guerra antiterrorista” contra la *barbarie* aunque no se llame así a la resistencia al capitalismo y su modernidad neoliberal²⁰. Al *naturalizar* el desarrollo capitalista y hacer de él la condición “natural” del progreso de la humanidad, la *civilización occidental* se enfrentará necesariamente a todas las

20 “No es un choque entre civilizaciones sino un choque por la civilización. Es la vieja batalla entre el progreso y la reacción, entre los que aceptan el mundo moderno y sus oportunidades y quienes lo rechazan” (Tony Blair citado por B. Durodie, “Fear and Terror in a Post-Political Age”, *Government and Opposition*, n. 42(3), 2007.

resistencias haciendo inevitable “*el choque de civilizaciones*” (Huntington)²¹.

El discurso civilizatorio de occidente justifica y promueve ese mismo “odio de Occidente”, de “los enemigos de Occidente”, lo cual sirve para reforzar de manera aún más extrema la violencia estructural impuesta por el ordenamiento capitalista del mundo; siendo tales estructuras de opresión materiales y mentales, las que hacen odiosa y odiable la supuesta civilización occidental no sólo para los que la resisten “desde fuera” sino también para quienes la enfrentan “desde dentro”²². Finalmente la connotación cultural de *greco-romana*, que hasta ahora había caracterizado la civilización occidental, será sustituida durante las últimas décadas por la connotación de *judeo-cristiana*, invistiendo así religiosamente la civilización occidental y radicalizando las diferencias y oposiciones con “todos los otros” (en particular el islam).

En conclusión, los discursos sociales son objeto de desarrollos ideológicos muy variados, de acuerdo a los usos y objetivos de las fuerzas e intereses dominantes en la sociedad moderna. Así mismo, los niveles y grados de sujeción a dichos discursos son muy distintos: diferentes son los grupos y sectores sociales sujetos al discurso de la *gobernanza*, al discurso *identitario*, al discurso *civilizatorio de occidente*... Sin embargo, éstas y todas las demás discursividades sociales tejen una densa constelación ideológica en el mundo actual, capaz de imponer un “pensar único” así

como unificar las conductas y comportamientos, políticas y estrategias del ordenamiento global del mundo.

4. La fuerza política del pensamiento crítico

La ideología alemana (1845) de K. Marx orientó el pensamiento crítico hacia una *teoría crítica de la sociedad*, obligando a que la crítica dejara de ser una “lucha de pensamientos”, una polémica intercognitiva o crítica entre conocimientos, para convertirse en una crítica de las condiciones sociales de los conocimientos y de la producción social de las ideas y discursos. Esta situación se irá radicalizando en la medida que la sociedad moderna separa cada vez más *explotación* y *dominación*, encubriendo aquella por ésta, y ambas por su producción ideológica, obligando al pensar crítico a adoptar una perspectiva y práctica políticas.

Las luchas sociales y las formas de acción política nunca traducen completamente el estado y reales condiciones de dominación en su totalidad, sino sólo parte de ellas; y es gracias a los discursos sociales que muchas de las formas de control y dominación pasan inadvertidas o no logran ser expresadas por los conflictos. A ello debe responder un pensar crítico capaz de un nuevo “*desencantamiento del mundo*” (la *Weltentzauberung* weberiana), cada vez más “re-encantado” por los fetichismos del mercado y la mercancía.

21 Lee Harris, *Civilization and Its Enemies: The Next Stage of History*, Free Press, New York, 2004.

22 Cfr. Jean Ziegler, *La haine d' Occident*, Albin Michel, Paris, 2008.

Este cambio del pensamiento crítico, que se prolongaría hasta nuestros días a través de la *Escuela de Frankfurt*, en cierto modo depositaria de la tradición de la *Teoría crítica de la sociedad*, era necesario para responder a una nueva fase de desarrollo del Capital, que además de *producir mercancías para el hombre*, gracias a sus medios materiales de producción, requería producir hombres para las mercancías, mediante sus recursos intelectuales y éticos; lo que se ha llamado “espíritu del capitalismo”. Esto ha hecho que los intelectuales más que enfrentarse entre ellos con sus propios “pensamientos en lucha” (*Denkenkampf*, según Kant) se encontraran cada vez más forzados a tomar posiciones contra las fuerzas e intereses dominantes en la sociedad marcada por la “lucha de clases” (*Klassenkampf* según Marx). Así se configura un nuevo escenario político-económico para la producción de los conocimientos y la lucha entre ellos. En otras palabras, la crítica de las ideas y discursos pasa por una crítica de las condiciones y fuerzas sociales de su producción.

Esta politización del pensar crítico se evidencia y se refuerza en la medida que el poder de los discursos responde cada vez más a los discursos del poder, a los poderes económicos y políticos investidos en dichas discursividades, obligando a dicho pensamiento crítico a desenmascarar los poderes investidos en los discursos así como la fuerza y efectos de su dominación. Ya que los *discursos del poder* tienen un primer efecto y finalidad de encubrir con sus discursividades el poder y sus prácticas sobre la sociedad. Por eso hay siempre un desfase y contradicción entre lo que

dicen los discursos y lo que *hacen* los poderes. Tal distancia entre discurso y realidad participa al mismo tiempo de una convicción ideológica y de una estrategia de transformación neoliberal de la sociedad a largo plazo (cfr. J. Généréux, 2006:112).

Este efecto de ocultación del poder por los discursos aparece indiscriminadamente tanto por parte de los gobiernos neoliberales, para legitimar sus políticas económicas con discursos sociales como por parte de gobiernos socialistas, que legitiman sus políticas y programas con discursos neoliberales. Más aún, esta contradicción entre prácticas y discursos se vuelve todavía más contradictoria, cuando gobiernos socialistas pretenden legitimarse, adoptando políticas neoliberales y gobiernos neoliberales tratan de garantizar su reproducción con políticas sociales. En tales condiciones el pensar crítico está cada vez más forzado a no limitar su lucha contra los discursos sino contra las condiciones socio-económicas y políticas de su producción.

Tampoco basta desarmar los discursos, cuestionando sus orígenes y genealogía, las condiciones de su producción, y su coherencia ideológica, sus utilidades y sus influencias en la sociedad, es necesario también y sobre todo atacar la sujeción y sometimiento a tales discursos tanto de las masas como de otros intelectuales, denunciando el efecto de dominación sobre todos ellos. El pensar crítico lejos de limitarse a su función epistemológica, de cuestionar otras formas de pensamiento, ideológicas o pre-científicas, las opiniones o representaciones sociales, se funda y completa en la acción política. Su

dimensión polémica – intercognoscitiva – con otras formas del saber nunca es constitutiva sino consecutiva del pensamiento crítico, cuya doble especificidad analítica consiste precisamente en *desvelar* o *des-cubrir* las realidades sociales encubiertas por los discursos y *emancipar* las personas no sólo de las fuerzas así mismo encubiertas tras dichos discursos sino también de su sujeción a ellos²³. “La teoría crítica en tanto que crítica de la dominación se impone en la misma medida que los caminos de la emancipación pasan necesariamente sino exclusivamente por esta crítica” (Abensour, 2009:267).

Extremando el argumento cabe sostener que bajo el moderno despotismo de los discursos sociales, el pensar sólo es posible en cuanto pensamiento crítico y disidente del “pensamiento único”, que supone una emancipación respecto de dichos discursos y de su sujeción, y que atraviesa la crítica de sus contenidos y formas ideológicas. Ya que lo propio de tales discursos es ordenar los hechos según un procedimiento absolutamente lógico, que parte de una premisa considerada como axioma, y de la que se deduce el conjunto del proceso discursivo; es precisamente en esta forma lógica que sustituye al pensar, donde reside la atracción que ejercen los discursos sobre las masas, los individuos y los mismos intelectuales (Arendt, 1990: 122).

Toda la discursividad neoliberal impone una inacción radical y una supresión de la actuación política. La

sujeción a los discursos impide toda práctica fuera de ellos. Los discursos permiten el movimiento dentro del mismo proceso ideológico, al que los individuos se encuentran sujetos, pero no el cambio. Esto es lo característico de todo sistema totalitario, donde “la ideología hace superfluo e incluso peligroso todo principio de acción”; de hecho la ideología totalitaria es “un sucedáneo del principio de acción”²⁴. Lo cual explica y justifica por qué el pensar crítico funda un principio de acción, simultáneamente *desvelador* de la dominancia discursiva y *emancipador* de la sujeción a ellos inhibidora de toda práctica política.

Así se pone de relieve el fundamento y alcances políticos del pensar crítico; más aún, es por su función crítica que el pensar se encuentra estrechamente asociado a la práctica y la acción política. Lo que a su vez implica, que la condición de posibilidad del pensamiento crítico es no sólo la libertad de acción, sino sobre todo una acción política directamente articulada al cambio. No hay por consiguiente pensar crítico sin práctica política. Podrá ser un pensar que critica o hace crítica de otras formas de saber y del conocimiento, pero incapaz de criticar las condiciones sociales de la producción de tales saberes y discursos. Es por eso que la moderna atrofia de la política y el *apolitismo* campante se hayan constituido en el caldo de cultivo de esa falta de pensar crítico, la cual ha

23 Danilo Martuccelli, “Le nouveau défi de la critique”, *Education et sociétés*, n. 13, 2004.

24 Cfr. H. Arendt, *La Nature du totalitarisme*, Payot, Paris, 1990:106s.

dado lugar y promovido los modernos discursos sociales, soportes de las lógicas e imaginarios neoliberales²⁵.

La crítica inter-cognoscitiva, entre escuela o corrientes de pensamiento opuestas, tanto como la crítica inter-discursiva entre ideas e ideologías diferentes, son críticas no teóricas y por consiguiente separadas de la práctica, y al margen de la acción política; no solamente porque no están acompañadas de una acción y tampoco la producen, sino sobre todo porque dicha crítica ni es producto de la acción ni mucho menos la presupone en cuanto fundamento teórico-crítico del pensar. De ahí también que todo actuar político al margen de un pensar crítico-teórico tiende a volverse *an-árquico*, no en un sentido revolucionario, sino en el más específico significado del concepto; es decir un actuar sin principio (*arqué*) teórico-crítico y por consiguiente sujeto a fuerzas y o automatismos irracionales. Una actuación sin un *por qué*, se convierte en una actuación no-política, puesto que la política es, según Heidegger, el lugar donde los hechos, las acciones y los discursos convergen.

La crítica del poder es tan inherente al pensamiento, que ésta se ejerce siempre como crítica política, cualquiera que sea el poder, incluso el más revolucionario; precisamente porque el poder nunca se ejerce sin dominación, cualquiera que sea la fuerza o forma de ésta. De ello resulta que la crítica del poder sea necesaria a la libertad del pensar, más allá incluso de las posiciones polí-

ticas de los mismos intelectuales, los cuales nunca dejarían de estar sujetos / obligados a dicha crítica del poder, aun compartiendo sus posiciones políticas y aun cuando ejercieran dicha crítica a costa de la libertad de las personas. Ya que un intelectual no podría ser libre sin el ejercicio crítico del pensar. Pensar, en este sentido, es siempre un acto de insurrección; no contra nadie en particular sino contra todo lo que puede limitar dicho ejercicio del pensamiento crítico o imponer un “pensamiento único”. En definitiva contra todo lo que sea un anti-pensar, provenga del Estado, de la Religión o del Mercado.

Sin embargo, el pensamiento crítico sólo puede ejercerse *contra* el poder tanto como *con* el poder; nunca al margen ni a costa de la utópica eliminación del poder, sino coexistiendo con el poder, compartiendo o no sus posiciones políticas. Lo cual implica que el pensar crítico no se ejerza tanto contra el poder en sí mismo sino de manera más precisa contra sus efectos de dominación: en el pensar crítico “el término crítico establece una referencia a la crítica de la dominación bajo todas sus formas – dominación de la naturaleza, dominación del hombre sobre el hombre, dominación del hombre interior” (Abensour, 2009:38).

Por último el pensar crítico percibe la eficacia de la acción política al margen de toda intención y voluntad de optimizar los resultados, ya que dicha práctica es por sí misma eficaz: “hay que reconocer que el duelo de un pen-

25 El apolitismo siempre podrá ser entendido “como rechazo de lo político” o “como sobrevivencia de la destrucción de lo político” (Abensour, 2009:169).

samiento en términos de soluciones, el aprendizaje de actuar en ausencia de solución son siempre difíciles”, sin embargo es necesario superar todo sen-

timiento de impotencia ante los graves problemas, para poner en práctica todas las capacidades de actuar en la situación concreta²⁶.

26 Cfr. Miguel Benasayag, *La Fragilité. Construire une pensée de l'agir*, La Découverte, Paris, 2007.

